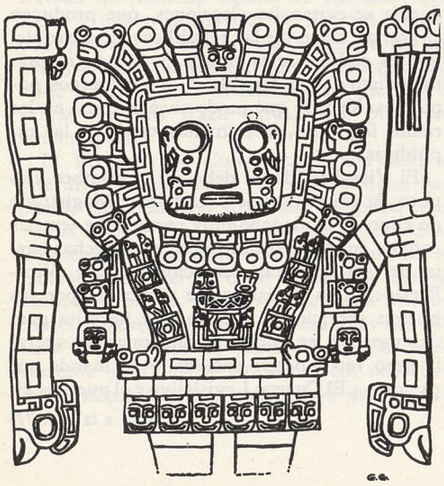
DOS ESTAMPAS BOLIVIANAS

Por Fernando DIEZ DE MEDINA

Entre los grandes nombres de la literatura boliviana aparece en primerísima fila Fernando Díez de Medina. Historiador de la literatura, pensador, meditador profundo de la bolivianidad, Díez de Medina es sumamente conocido en España y en Hispanoamérica. De su paginario constante sobre Bolivia, tomamos estas dos estampas, que consideramos simbólicas —en la producción de «páginas menores» de quien tiene obras mayores sobre estos temas— de lo auténtico boliviano visto por un autor entrañado y profundo.



EL ILLIMANI

«ILLIMANI»: el Resplandeciente, dice la teogonía andina del nevado estupendo que atalaya la ciudad de La Paz.

Cada día, cuando la colorada aurora enciende el aire diáfano, un dios misterioso y lejano se alza en su trono de nieves.

Allí nacen los corceles del sol. Allí brincan las yeguas sombrías de la luna. Y los alborotados vientos que corren y se esparcen por la hoya, detienen su carrera huracanada al pie de la olímpica escultura.

Si caminamos todo el día, un titán nos acompaña frente a frente. Si soñamos por la noche, un paredón fantasmal estremece nuestro sueño. Una vuelta en su redor equivale a llenar la órbita de un mundo. Si bajamos, El se aminora; si subimos, El se acrecienta; si estamos quietos, El nos invade con alteza y pesadumbre de cumbres. ¡Oh fábrica de enigmas!

Monte Nevado: el longuividente, porque lo mira y señorea todo.

Con la distancia, la mole cambia de apariencia. Con las variaciones climáticas muda de alma. Y si al tocar sus filos la luz estalla en fantasías cromáticas, también la sombra sube por sus flancos en elegía sutilísima. En la idealidad de las lejanías, el monte irradia: espacios infinitos, armonía de silencios. Y al fondo una brusca arquitectura que insinúa el dibujo de una tempestad petrificada.

¿Dónde cuna más hermosa? ¿Cuándo sepulcro más solemne?

Cerro multíparo, el inagotable. Desde la fundación del mundo vigila con paterna sabiduría las cosas: sabe de la tormenta geológica, de las cosmogonías fabulosas, de los remotísimos imperios. Pasaron las telúricas hazañas; pasaron imperios, religiones; pero el gran nevero permanece inmutable, habitante de un tiempo sin tiempos.

Guardián del Mundo.

Es el que alimenta los hogares, el que levanta corazones. Abruma al descreído; fortifica al laborioso y al paciente. Parece un grifo gigantesco que no abandona jamás al poblador.

Suceso singular: del oleaje topográfico de la ciudad andina, del laberinto de calles y de quiebras, del espacio brusco y contrastante, los ojos vuelven siempre al monte tutelar. Está en todas partes y en ninguna. Y si al viajero revela su faz catedralicia, al comarcano le reserva el juego inenarrable en que se miran sus diez mil caras gobernantes del clima y de las horas.

Esta solitaria grandeza. Este reposo secular. Este ulular de vientos trágicos. ¡Milagro albo-zafíreo del Monte Sacro! Cumbres que se disparan al horizonte; cimas y flancos como espadas lúcidas. Esta arquitectura titánica. Este augusto equilibrio. Estas fuerzas vibrantes que suben, se precipitan, se asientan y se oponen con ímpetu tenaz, no hablan: resuenan. Porque la forma es la música de la tierra y la tierra es la música de la forma.

El poderoso promontorio reina sobre cuanto le rodea. Puebla con su majestad y su hondura el paisaje. Señorío absoluto: cumbres, valles, quebradas se subordinan a su mando. Parece un emperador geológico en medio de los súbditos congregados. Y al caer la tarde, el cerro portentoso lo domina todo con el misterio de su mole.

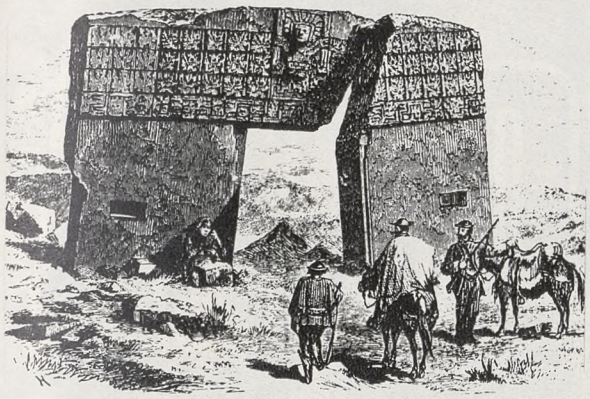
Cuando el Ojo Solar descubre la creación, cuando el Párpado Lunar se entreabre y define la faz nocturna de las cosas, ambos miran al que no cae, al siempre antiguo y anciano, que es a un tiempo mismo el fuerte, el joven, el resplandeciente Señor de las Cordilleras.

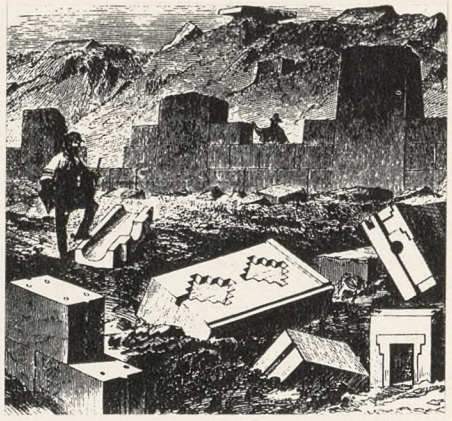
De su cima famosa se cuentan portentos.

Refieren los místicos relatos de la antigüedad andina que en el Primer Amanecer, cuando las cosas se movían para tomar posición en el cosmos, un cóndor colosal vino a posarse sobre el dorso de la Cordillera Real para dirigir la organización del mundo andino. Como el proceso de integración de los elementos marchaba lentamente, el cóndor alzaba vuelo en el crepúsculo, cuando las estrellas toman silenciosa guardia, y se alejaba hasta perderse en el ancho cielo. Volvía en los amaneceres, desaparecía a la caída de las sombras. A la luz de los días, sus alas siempre centelleantes como venablos fúlgidos. En el ébano de las noches, sus alas siempre en esplendor como carbones encendidos.

Así por espacio de muchos «Pachakuti» —los ciclos de mil años— que anuncian la destrucción de un mundo y el surgimiento de otro nuevo. Porque el orbe montañés está naciendo, pereciendo está, renace sin descanso. Regresa y se trasmuda inexorablemente.

Pero un día de días, cuando «Wirakocha» —el dios sutil— juzgó terminada su tarea ciclópea, cuando cada masa, cada línea, cada objeto ajustaron en la inmensa arquitectura, quiso que el mensajero alado atestiguara su grandeza. Y en la última Noche de la Hechura, el momento en que las cosas fijaban para siem-





pre su inmutable geometría, dispuso que el Cóndor Resplandeciente se incorporase a la belleza del paisaje.

Y el ave fabulosa abatió sus alas titánicas sobre el triple poderío del basalto, del granito y de las rocas eruptivas. Y la nieve cayó de lo alto con su dosel de armiño. Y esas tres cimas que subyugan la mirada india con el doble hechizo de su altanería y mansedumbre, son en verdad la cabeza del cóndor en acecho y las alas inmensas en actitud de remontarse.

Parece un promontorio superpuesto sobre un zócalo de montes: lo que se empina en lo empinado. Porque no es el macizo que surge lentamente, abriéndose paso a través de una intrincada geogenia, sino la maravilla celeste que se precipita de lo alto, como un penacho heráldico en la atormentada cordillera.

Así lo dispuso «Wirakocha».

Y el más grande de los cerros es también el Más Grande de los Cóndores. Nadie le gana en estatura ni hermosura. Es el Caudillo del Ande.

«Mallku-Kaphaj»: cóndor poderoso. ¿Cuántos linajes remotos brotaron de tus alas protectoras? ¡Y cuántos los imperios que duermen en la espuma de tu gola!

¡Oh manantial de los días, oh fomentar de las noches! Abuelo de las edades. Padre del Misterio. Ya no seremos tristes, ya nunca desvalidos: un nevado hermosísimo es el guarda de las horas que se fueron y el amo de las horas que vendrán.

Montaña de montañas. Sacra grandeza inmóvil. Quien la vio una vez, la lleva en su corazón. Quien la contempla muchas, es ya criatura de su arcano.

Porque «Illimani» —cosa eterna— es para siempre.

LA LEYENDA DEL LAGO TITIKAKA

EN el principio era el Mar...

El dios eterno de los brazos sin fatiga, que mueve y configura el mundo a su deseo. El manto celeste y la sábana marina encendían la paleta de la fábula: azul metálico, zafiro, cobalto, aguamarinas, turquesas y sílices dormidos, carbones que se azulan, clarores celestiales: toda la gama del color angélico y sus seráficos matices. Era el tiempo primero del aura primordial. A un cielo sin fronteras, un mar sin esperanzas. Agua y éter sin fin; éter y agua sin forma. Todo igual a sí mismo, sustento de su propia grandeza. Si el aire indefinible, la materia acuática inasible. Con un ojo aterrado el Dios etéreo mira y se mira en el abismo líquido; con un ojo espantado el Dios marino trata y retrata la infinitud aérea. La unidad se nombra por dos que son uno: cielo como mar, mar como cielo. Y una quietud tan honda y un silencio tan vivo, que nada turba la secular mansedumbre.

En el principio era el Mar...

Pero un día los titanes removieron el abismo; y fue la acción. Las legiones terrestres se precipitan contra los ejércitos acuáticos. La roca airada se revuelve como espada flamígera contra la gran culebra líquida que, dividida en mil pedazos, recompone sin tardanza sus elásticos anillos. Aquí los generales montes encabezan audaces ofensivas; allá las almirantes olas repelen y acometen sin descanso. Si un cerro quiere erguir cabeza, las trombas de agua lo cercenan volviéndolo al abismo. Si avanza un muro líquido, lo abate la tempestad telúrica. Saltan los continentes en islas y los mares en espuma, que si mejores corceles la tierra, jinetes mayores el agua. La espada terrestre hiere rapidísima; la culebra marina recompone sin tardanza. ¡Combate de las tierras y las aguas! Militares raptos contra marineros ímpetus. Suben los dardos térreos confundidos con las flechas líquidas. En la pugna inenarrable las formas mudan presurosas: ya no una espada, millones de venablos; la gran sierpe hendida en culebras incontables. Máquinas de plástica hermosura se destruyen en el choque del alud y de la espuma. Es el imperio alterno de la curva y de la línea recta. Al bramido de las masas rocosas responde el vértigo de los remolinos acuáticos. Caen las olas como decapitadas torres, se insumen las montañas cual arenas. Todo cruje en el calambre de la fuerza.

Entonces fue cuando los aires y los fuegos decidieron terciar en la contienda: ígneos escuadrones, huestes huracanadas, revueltas muchedumbres subterráneas. Aquí las piedras más famosas, los bólidos de fuego, las lavas del mundo submarino. Allá las cimas agresivas, los vientos abismales, los cuarzos de angustiada geometría. Y cuando piedra, fuego, lava, cima, viento y cuarzo fueron una sola masa incontenible lanzada hacia lo alto, acrecentóles la tajante furia del torbellino circular que desplazándose, desplaza. ¡Misterio de soles y de átomos! Fasto marino, telúrica epopeya. Todo igual: surgir y remover y declinar. Si centro y periferia se responden, mares y continentes al unísono. Una vez más cumplióse la ley cósmica: viene el nacer de un perecer, y el alternar de las formas del contrastar de las esencias. Del trágico pavor del mar surgió el dramático esplendor de la tierra. Bramando se alejaron las cordilleras de agua; rugientes se afirmaban las telúricas trombas. Rota la líquida llanura emergieron rudos montes, suaves playas, bosques y desiertos sin límite. Vencido quedó el mar por la irrupción terrena.

Esta fábula, que con ser fábula es historia viva y palpitante, tiene un epílogo.

Cuando el Genio de la Tierra revistaba sus legiones vencedoras, ordenaba simultáneamente el orbe andino. Asentó las tierras bajas, abrió cauce a los ríos, moldeó los valles en la aspereza de la sierra. Con casquetes de plata, cerró las bocas ígneas de su poderosa artillería. (El «chachacomani», el «Isluga», el «Hualletiri», el «Sajama» y el «Tacora», los volcanes de la Cordillera Madre, recuerdan todavía la lucha formidable.) Y su hazaña más alta se vierte así. Cruzaba el carro huracanado frente a las montañas más intrépidas, aquellas que crecían hacia el astro desde el rapto profundo del abismo, cuando el Vencedor, tocado por la pesadumbre de su gloria, profirió estas palabras:

—¡Detente, oh Cordillera!

Y el Ande fue. Y la nieve, el basalto y la traquita petrificaron la gesta cosmogónica.

Derrotado, el demiurgo líquido habló a su vez:

—Ganaste parte de mis reinos, mas algo debe recordar la lucha. ¿Puedo dejar mi rastro en lo perdido?

Y dijo el Vencedor:

—Sea tu rastro en medio a mi grandeza.

Y el «Titikaka», el Lago Sagrado de los Andes, es la celeste lágrima que derramó el genio del mar cuando las cordilleras subieron del abismo.